

ELIZABETH BOWEN

EL ÚLTIMO  
SEPTIEMBRE

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Last September*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1929, 1952 by Elizabeth Bowen  
© de la traducción, 2013 by María Belmonte Barrenechea  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-90-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 142-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## LA LLEGADA DE LOS SEÑORES MONTMORENCY

### I

Hacia las seis el sonido de un motor, procedente primero del vasto paisaje y concentrado luego bajo los árboles de la avenida, convocó en la escalinata a todos los habitantes de la casa en un estado de gran excitación. A la altura de las hayas, resonó una delgada verja de hierro; el coche emergió de una maraña de sombras y se deslizó pendiente abajo hacia la casa. Tras los destellos del parabrisas, el señor y la señora Montmorency—brazos agitándose en el aire y el velo malva de ella revoloteando furiosamente—saludaban con frenesí. Eran visitantes largamente esperados. Todos proferían exclamaciones y gesticulaban: nadie hablaba todavía. Era un momento de felicidad, de perfección.

En aquellos días las chicas llevaban faldas blancas almidonadas y blusas transparentes adornadas con flores también blancas; sobre los hombros, se dejaban caer unas cintas, enjaretadas para que hicieran bonito. Con este aspecto fresco y pimpante permanecía Lois en lo alto de la escalinata; era muy consciente de la frescura que, como el resto de chicas de su edad, emanaba, y, con los brazos firmemente cruzados a la espalda, hacía todo lo posible por disimular su turbación. Los perros salieron correteando del vestíbulo y se colocaron a su lado; detrás, la enorme fachada de la casa lanzaba una fría mirada a los prados de la finca. A Lois le hubiera gustado congelar el momento y conservarlo para siempre. Pero, mientras el coche se aproxima-

ba y frenaba, se inclinó para acariciar a uno de los perros.

Cuando el automóvil se detuvo, los Montmorency se desprendieron de las mantas de viaje. Permanecieron estrechando manos y riéndose bajo un sol dorado y teatral. Venían conduciendo desde Carlow. Dos enormes olas de excitación chocaron y se mezclaron entre sí; durante un rato nadie oyó nada inteligible. La señora Montmorency miró hacia lo alto de la escalinata.

—¡Y ésta es la sobrina!—exclamó radiante—. ¡Dios mío, cuánto polvo!—añadió, mientras Lois permanecía en silencio—. ¡Cómo nos hemos puesto de polvo!—Y al pensar en el polvo del viaje el cansancio se reflejó en sus ojos.

—Acaba de terminar el colegio—dijo con orgullo sir Richard.

—No creo que te hubiera reconocido—dijo el señor Montmorency, que no había visto a Lois desde que ésta tenía diez años y a quien era evidente que le gustaban más los niños.

—¡Vaya! ¿No os parece la viva imagen de Laura?

—Por cierto, el té nos está esperando. ¿Seguro que ya lo habéis tomado?

—Precioso. Danielstown está realmente precioso. La vista está más despejada desde la avenida. ¿Habéis cortado algunos árboles?

—El viento derribó tres fresnos. ¿Habéis tenido buen viaje? ¿Algún incidente? ¿Encontrasteis a alguien en los cruces? ¿Os hicieron parar?

—Entonces ¿no os importa si tomamos el té?—insistió lady Naylor—. ¡Ah!, mirad, ahora lo traen. Vamos, Francie, no seas ridícula; ¡venga!, pasad los dos.

Entraron en la casa, y sus exclamaciones, repentinamente comprimidas, llenaron el vestíbulo. Había tanto que decir después de doce años: todos parecían sentirse desbor-

dados. Lois titubeó antes de entrar en pos de ellos y, como nadie reparó en ella, volvió a salir. El automóvil cargado con el equipaje dio media vuelta y se dirigió a la parte trasera de la casa, dejando profundas huellas en la grava. Lois bostezó y dirigió su mirada hacia el césped más allá de la explanada, donde, a la luz suave y dorada del atardecer, pequeños jirones de sombra descollaban a modo de juncos en la superficie del agua. Al otro lado del foso, seis vacas de raza Kerry avanzaron lentamente en fila india y se detuvieron bajo un tilo. Del primero al último piso de la casa, todas las ventanas estaban abiertas; la luz entraba por las habitaciones que hacían esquina y pasaba en diagonal de una ventana a otra. En el segundo, Lois podría haber escuchado el roce de una cortina, pero la mansión se recogía en silencio por encima de las voces de los Montmorency.

Lois bostezó para espabilarse. Sólo se trataba de la llegada de los Montmorency, a quienes llevaban esperando todo el día. Aun así, había sido incapaz de leer, tenía cartas a medio escribir desparramadas por toda la mesa, el ramo de flores le había quedado fatal. Los guisantes de olor, convencidos de su propia importancia, se habían enroscado, estremeciéndose, entre sus dedos... «Siento que los guisantes de olor sean malvas—le hubiera gustado poder decir al señor Montmorency—. A mí tampoco me gustan los malvas. Ni siquiera sé por qué los he cogido; había muchos otros. Aunque, a decir verdad, estaba nerviosa». «¿Nerviosa?—le habría gustado que le preguntara inquisitivo el señor Montmorency—. ¿Por qué razón?»... Pero incluso en su imaginación, ella tenía sus reservas y nunca le habría dicho el porqué.

De todos modos, enseguida se había dado cuenta de que el señor Montmorency, por muy sutil que fuera, no se tomaría la molestia de comprenderla.

Nada más oír el motor, su primo Laurence se había mar-

chado arriba con un libro. Lois podía oírle ahora vaciar su pipa sobre el alféizar de la ventana. Laurence se asomó un poco más y le preguntó a la joven con un cauteloso susurro, señalando hacia abajo con un dedo:

—¿Han entrado todos?

Ella hizo un gesto de advertencia y asintió.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó él.

—No sé. ¿Y tú?

—Nada especial.

—Pensaba llevar a los perros a pasear al hayedo.

—¿Por qué?

—No sé, se me había ocurrido...

—Sube a hablarme de los Montmorency.

Ella hizo otro signo de advertencia: los Montmorency estaban en el vestíbulo. Para sortearlo tuvo que entrar por una puerta lateral y subir por la escalera de servicio. Ésta olía a madera fregada, a encalado y a los patos que ya se estaban asando para la cena de los invitados. Al llegar arriba Lois abrió la puerta dejando que entrara con ella una vaharada de olores.

—Pato—dijo Laurence, olfateando agradecido.

Todavía le sorprendía que bajo su etérea apariencia Laurence pudiera dedicar tanto tiempo, cuando dejaba de hacerse el intelectual, a hablar de comida e incluso a pensar en ella. Lois pensaba que se debía a que su primo llevaba una vida carente de emociones, como él mismo había dicho en una ocasión. «Vivo—solía decir él—de comida en comida». Si le preguntaba «¿Por qué?», Laurence levantaba las manos y las cejas y hacía una mueca. Cuando se comportaba así ante Gerald, Lois se sentía incómoda. Los soldados no hablan de comida, se la comen. De hecho, comían bastante más que Laurence, pero siempre con un aire ausente y desdenoso.

Laurence había estado leyendo en la antesala, sentado en una de las no muy confortables sillas con forma de concha que nadie se tomaba en serio. Su habitación se encontraba un piso más arriba; no le había merecido la pena subir. Se había equivocado de libro y no se atrevía a bajar a por otro; en caso contrario no habría tenido ninguna necesidad de conversar con ella. A Lois le gustaba la antesala, aunque no fuera el lugar ideal para leer o para hablar. Daba paso a cuatro habitaciones; en cualquier momento alguien podía abrir una puerta o ésta abrirse sola, liberando una corriente de aire que iría a parar directamente al cuello de una. Las personas la atravesaban continuamente, por lo que una tenía que levantar la vista y sonreír. Aun así, Lois siempre parecía estar charlando allí, de pie y con una rodilla apoyada sobre sillón porque no merecía la pena sentarse, y su vida era muy complicada por no saber cuánto de lo que decía había sido oído y por quién y el alcance que tendría.

Las altas ventanas carecían de cortinas; ribetes de flecos adornados con borlas deshilachaban la luz en la parte superior. Los blancos alféizares, las contraventanas plegadas en sus marcos estaban llenos de burbujas, como si la casa hubiera pasado un día en el trópico. Agostados por el sol, los respaldos de las sillas encarnadas se habían vuelto de un tenue naranja claro; un olor a alcanfor y animales causado por la exposición a la luz matinal de las pieles extendidas por el suelo seguía flotando como el polvo en el fresco del atardecer. Por la noche, cuando se dirigía a su habitación, Lois tropezaba a veces con las fauces del tigre; cualquier paso en falso podía enviar rodando una enorme garrá sobre el piso encerado. Las descoloridas imágenes de grupos de soldados, de reuniones familiares o de vecinos de una generación atrás emanaban desde su lugar en las paredes una vaga melancolía. Había dos librerías cerradas,

cuyas llaves se habían perdido, sobre las que desfilaba un grupo de elefantes de marfil traído de la India por alguien que ella no recordaba.

—¡Uf!, ¡uf!, ¡uf!—dijo Laurence imitando los jadeos de su prima—. ¿A qué viene tanta prisa?

—Supongo que es una costumbre—repuso Lois desconcertada.

—¿Qué querías?

—Bueno, he venido a hablarte de los Montmorency.

—¡Ah!, está bien; adelante. ¿Dónde están?

—Tomando otro té; la tía Myra les ha obligado... El caso es que, llegaron, como probablemente habrás oído, y todo ha sido bastante penoso. Emociones para dar y tomar. Y ella no hacía otra cosa que repetir que estaba cubierta de polvo, y desde luego lo *estaba*, así que yo no sabía qué decir.

—Entonces ¿qué has dicho?

—Y él ha dicho que nunca me hubiera reconocido.

—¿Un tipo sincero, de los que les gusta hacerse notar?

—¡Oh, no! Para nada. —Lois se ruborizó, porque, francamente, Laurence era demasiado insolente. Río y se miró las uñas; la única parte del cuerpo, se había percatado, de la que uno puede ser consciente en sociedad—. ¿Lo conoces?

—Sí, creo que lo vi una vez. Me pareció bastante fatuo. Pero yo era muy joven por aquel entonces, aunque puede que no hayamos coincidido nunca.

—¿No es increíble—dijo Lois confidencialmente—lo que pueden llegar a crecer las uñas? Quiero decir, cuando una se pone a pensar en ello: metros y metros de inagotable uña saliendo de una. A decir verdad—añadió—, una vez llegué a hacerme muchas ilusiones sobre el señor Montmorency, cuando tenía diez años. Vino a pasar una temporada con mi madre y conmigo cuando vivíamos en Leamington. Después de cenar, yo tenía permiso para quedarme



levantada, mi madre salió y nos dejó solos en la casa. Teníamos gallinas en aquella época y creo que ella fue a encerrarlas y luego se quedó sin más en el jardín. El señor Montmorency y yo hablamos durante un rato, luego se puso serio y de repente se quedó dormido. Me senté y le contemplé absolutamente fascinada. ¿Sabes cómo se duermen los hombres después de cenar? Pues bien, no fue en absoluto así como lo hizo él... Luego entró mi madre, muy relajada después de haberse librado un rato de nosotros y dijo que como anfitriona yo dejaba bastante que desear, y despertó al señor Montmorency. Ahora creo que cualquiera podría haber dicho lo mismo de ella. Pero todo lo que hacía mi madre se veía muy natural.

—¡Oh!, era encantadora—dijo Laurence indiferente.

—Así que ya ves, no es de los que les gusta llamar la atención, si no, no se habría dormido de una forma tan campesana. Se mostraba melancólico, cansado y sabio, todo al mismo tiempo, algo que, como niña, yo agradecía, ya que la mayoría de visitantes se ponían muy pesados conmigo.

—Increíble—dijo Laurence mirando por la ventana.

Resultaba fácil hablar con Laurence debido a su indiferencia hacia todos los matices de la personalidad de Lois. Hablando con él, Lois se sentía inclinada a mostrarse de una estupidez tan inconmensurable que podía llegar a expresar opiniones que la sorprendían incluso a ella misma. Cuando él bostezaba, cogía un libro, decía que tenía hambre o simplemente se iba, ella no se alteraba. Era uno de esos interlocutores sensibles, receptivos, con los que después uno se siente vendido y comprometido. Es cierto que la primera vez que volvió a ver a Laurence deseó convencerle de que se encontraba en presencia de una intelectual. Pero una tarde de fracaso notorio, en la que él le había aconsejado que leyera menos y con más provecho y tam-

bién que, en general, no hablara tanto, ella se sintió inclinada a reconsiderar su actitud. Lois había recuperado la confianza, y la desaprobación del primo le resultaba estimulante.

—¿No has pensado—dijo Laurence, con un inquietante aire de triunfo—que los Montmorency pueden haber subido por la escalera principal mientras tú lo hacías por la de atrás y que ahora pueden estar en su habitación escuchando?

Era impensable, pero el mero hecho de oírlo la dejó estupefacta. Toda colorada, corrió hacia la habitación de invitados: luchando contra el desatino, llamó descaradamente a la puerta con los nudillos y sacudió el pomo. Finalmente, entró, no sin sentirse un tanto impertinente, puesto que los recién llegados habían ocupado ya el lugar, al menos en espíritu.

La habitación azul estaba evidentemente vacía; no había nadie escuchando. Habían subido y depositado los baúles, con las correas sueltas, al pie de la cama. La habitación olía a cretona descolorida y a diez días de abandono; la corriente de aire agitó suavemente las cortinas. Lois había colocado un jarrón de geranios en el vestidor; se puso a admirar el delicado equilibrio de las pequeñas flores cúbicas en el contraluz. También se fijó en el aire festivo de las velas, virginales, con sus largas mechas blancas. Había dos sillones deliberadamente vueltos hacia la chimenea vacía con su pantalla de papel; en ellos se sentarían el señor y la señora Montmorency, tal vez para comentar lo sucedido durante el día. A no ser que hablaran en la cama, lo que sería más probable. De todas las cosas que Lois deseaba saber sobre el matrimonio la más importante era: ¿cuánto tiempo transcurría, cuando se dormía todas las noches con la misma persona, hasta que se superaba la tentación de conversar en la

cama hasta bien entrada la mañana? Ya no estaría prohibido charlar por la noche, como sucedía en el colegio; nadie irrumpiría en la habitación con un: «¡Ya está bien, vosotros dos, a dormir; basta de cháchara por esta noche!», como a menudo sucedía cuando visitaba a sus amigas. ¿Dejaría de interesarle cuando ya no estuviera prohibido? Lois había oído hablar de parejas que se molestaban mutuamente con la respiración y preferían dormir separados: en Daniels-town, estas parejas no tendrían nada que hacer. En la habitación azul, el mobiliario del vestidor contaba con encimeras de mármol por si al señor se le caía o rompía uno de sus frascos y había un mueblecito de elegancia muy masculina para guardar todo tipo de botas. Lois había colocado con poco convencimiento rosas musgosas sobre la mesa del señor Montmorency.

—¿No has pensado—preguntó Laurence—que les habría sido imposible pasar por aquí sin que yo les viera?

Lois salió y cerró la puerta de la habitación de invitados.

—Cuando alguien pierde la calma—respondió ella—, ya no sabe lo que hace. Este tipo de cosas son horribles. Nunca olvidaré el día en que, aquí mismo, yo estaba hablando con Livvy o con no sé quién sobre una tal señorita Elliot, una mujer muy aficionada a la música, y ¿sabes qué?, *ella* se encontraba en su habitación, pero como era inglesa y muy educada comenzó a sacudir los tiradores de la cómoda. Apenas pude volver a mirarla a los ojos durante el resto de su estancia. Pero al final ella también lo pasó mal, porque puso todos los jarrones de flores fuera de su puerta por la noche y Brigid chocó con ellos cuando le llevó el té por la mañana. La tía Myra estaba muy enfadada y hablaba de casas de reposo.

—Yo no esperaría que la señora Montmorency fuera tampoco muy estricta con la higiene.